

LA BOTELLA

MICHAEL SANTANA

—¿Cuantos diamantes me dice que tenía esa botella de agua señorita?

—Siete, señor Friedrich. Ayúdeme a encontrarlo es el regalo para el cumpleaños de mamá Dubón.

—Anota eso, Claudio.

—Eso hago, sino que este lápiz ya no tiene punta.

—Hecho en oro macizo, labrado antiguo y piedras preciosas. Iconografía sobre el mito de la caverna y el sol. Hachihum.

—¿Quién anda a llevar una botella así con tal descuido?

Friedrich, policía dado de baja por corrupto, poco tiempo después se enlistó en las filas de la panadería Son de azúcar donde conoció a Claudio, joven ambateño, que estudió cinco semestres de Derecho. Se retiró de la universidad porque pensó haber encontrado al amor de su vida, perdió su beca. Ahora es electricista, entrenado en Youtube durante seis meses. Conoció a Friedrich (quien era su jefe en la panadería) y ahora en la agencia de detectives Ontacompany.

—Hace tanto tiempo que no teníamos un caso serio. Esto nos devolverá el prestigio Claudio. ¿entiendes la importancia de este caso?

—Sí, señor Friedrich, aunque nunca hemos tenido prestigio.

—¿Está segura de que no lo compró en el mercado negro, señorita Dubón?

Un sujeto de terno azul y gafas de sol color rojas intervino:

—Disculpe que me meta, señor detective — repuso mientras se limpiaba la chaqueta con la suavidad de la brisa —.Permítame presentarme. Mi nombre es Bruno Alpassud, ladrón de profesión, especializado en tesoros arqueológicos. Dubón no compró nada ahí, ¿sabe? En el mercado negro no dan garantía y ella es una especie de

experta en shopping, por lo tanto, no aceptaría un trato sin opción a devoluciones. Yo robé esa pieza para ella.

—Mmm... Anota eso Claudio.

—¿A qué se refiere con “eso” señor?

—Eso de la garantía, para recordar no comprar nada ahí.

Alpassud repuso:

—¿De dónde sacaste a este idiota?

Le parecía bastante falsa su fachada. Traía la típica gorra de doble ala, la gabardina, una pipa y gafas de sol.

— Es un payaso, lo sé, pero sabe lo que hace confía en mí.

—Sabe, señor Friedrich, creo que tengo una deducción importante acerca del caso.

—Ahora no hay tiempo para juegos, Claudio, guarda silencio y aprende del mejor.

—¿Hay alguna otra cosa que yo deba saber de esa botella, señorita Dubón?

—Estaba recién llena de agua fría (muy, muy fría) cuando desapareció. La llené en el bidón de agua que está en pasillo.

—¿Lo estás anotando?

Desde su teléfono le mostró una fotografía del objeto. Junto a esta se encontraba una inscripción arqueológica que detallaba su procedencia:

—Ahora, permítame hacerle unas cuantas preguntas señorita ¿Cuándo fue la última vez que usted vio la botella?

—La vi en la mesa de la sala, mientras, yo tomaba un par de manzanas picadas del refrigerador.

—¿Quién se encontraba en la casa a esa hora?

—A esa hora solo se encontraba el señor René y yo. Él es quien cuida la casa cuando me voy de viaje y es, además, mi chofer. Pero sería imposible, él y yo salimos juntos ese miércoles por la mañana.

Friedrich inmutable como la fotografía de un río, solo sus ojos se movían con la pesada determinación de una bola de boliche sobre la habitación naranja. Cuatro sillones: dos largos y dos individuales. Uno de estos últimos traía un parche de cuero en la parte inferior casi imperceptible, mientras, uno de los largos patojeaba medio milímetro por la parte delantera derecha. Una pared llena de piezas de colección. No era raro que una botella de las características de la extraviada estuviese en un sitio como este. Cabezas reducidas



J. & F. Martell
Cognac

colgadas, cuatro láminas de oro inscritas en unos signos cercanos al sumerio en las que se hace mención de una gran civilización que habitó una ciudad llamada Agharta. Varias vasijas con representaciones rituales similares a las de Grecia.

—¿Ha visitado usted a los Hachihum o ha visto a alguien con facciones similares a estos rondando su casa?

—¿Se refiere a los habitantes que están en los alrededores de las cuevas de los Tayos? —

—Sí.

—Pues no señor, para nada. No los he visto, solo he oído hablar de ellos.

Las manos de Friedrich cayeron con la soltura de unos péndulos, su mirada se plantó en el piso. Asintió varias veces. Entabló un pequeño diálogo consigo mismo a base de murmullos. Recorrió varias veces la habitación como si quisiera memorizar cada forma a su paso.

—Es innegable — exclamó —. La señorita Dubón tiene las nalgas más vistosas de la cuadra. Esto nos lleva al siguiente punto. ¿Qué come usted señorita Dubón?

—Creo que eso no viene al caso señor detective — le lanzó una mirada furtiva, sonrojada.

—Señorita Dubón si mis adivinanzas son ciertas en diez minutos encontraré al culpable — afirmó, mientras le palmeaba la espalda a Alpassud.

—Claudio, dame los guantes y el desodorante de menta.

—Es un imbécil, Dubón, te lo dije —susurró Alpassud al mismo tiempo que se rascaba la entrepierna.

—Aquí les he traigo agua, señorita Dubón ¿Hay algo más en lo que pueda ayudar?

René traía el traje como pingüino, sus piernas temblaban serviciales a pesar de su avanzada edad.

—Pero qué necesaria entrada la suya, claro que puede ayudarnos, vaya a la cocina y traiga toda la harina que pueda.

René llenó todo el piso de la sala con harina. Nada temeroso, Friedrich con los guantes puestos, atravesó los intersticios que separan los muebles de la sala examinando las superficies de todo lo visible minuciosamente.

—Como lo sospeché desde un principio, mi alergia a la harina se ha curado y su sala estuvo muy limpia. A partir de estos dos datos. Bueno, primero... Claudio quítame los guantes y dame la loción de menta. Ahora, señorita

Dubón, necesito que se pare de ese sillón, se sacuda toda esa harina y me dé un beso justo aquí.

—Ahora si este papanatas se las rifó toditas, Dubón... René, sírveme ese vaso de agua para ver a este payaso.

Alpassud se resignó a escucharlo como si se tratase de un espectáculo por lo que apoyó el beso.

—Todo sea por encontrar el regalo de mamá, Dubón.

Sonrojada y algo indispuesta Verence se acercó a Friedrich como un avión a punto de estrellarse.

—Me retiro señorita —se disculpó René.

— Pero, ¿cómo se va ir si estamos a punto de descubrir quien es el culpable?

—Eso es lo que tú dices, papanatas —repuso Alpassud.

El horizonte, es decir, la boca de Friedrich, estaba nublada por restos de saliva y por su abundante bigote.

—Claudio, anota bien todo lo que verás a continuación. Todos vengan aquí atrás de este sillón.

—Estas bromeando, lárgate detective de pacotilla; es suficiente, Dubón, llamaré a un detective de verdad.

Alpassud se ajustó la manopla de diamantes que traía en su bolsillo para de una vez por todas romperle los dientes a Friedrich.

—Por esa puerta va a entrar el ladrón, dejará la botella en la mesa. Sin embargo, después entrará a la bodega de agua, robará varios botellones y se irá.

En ese mismo instante se escucharon unos pasos que se acercaban lentamente hacia donde ellos estaban. Todos se dirigieron atrás del sillón principal: Friedrich, Dubón, Alpassud, René y Claudio.

—No es nadie en especial Friedrich, mire es don Francisco quien deja el agua todos los días.

—Un señor de avanzada edad, fornido, con los ojos brillantes como los de un manantial secreto, traía consigo cuatro botellones de agua llenos sin hacer el menor esfuerzo. De pronto de su camisa sacó la brillante figurita de colección llena de agua fría (muy, muy fría) y la colocó sobre la mesa entalcada.

—Como se los dije, ahora acudirá a la bodega y se robará varios botellones y se irá. Claro, si se lo permitimos. Pero bueno la botella está aquí con nosotros no hará falta detenerlo.

—Pero si no es la original —dijo Alpassud.

Friedrich le miró con la determinación de un borracho convencido de su sobriedad y le dijo:

— Sobre objetos originales hablaremos después de que resuelva este caso.

—Alpassud hundió los hombros como niño regañado.

Finalmente, don Francisco se retiró de la escena del crimen con los botellones de agua.

—Ahora, todos tomen asiento y escuchen cómo pasó todo. El sillón se tambaleaba por la impaciencia de Alpassud.

—Primero, señorita Dubón, usted y yo sabemos que esas nalgas ni son suyas ni se las ha puesto; segundo, el sabor de sus labios tiene un sabor característico de agua manantial.

—Por lo primero, usted no sabe nada de mis nalgas. Bueno, sí, tiene razón hace como dos semanas me las levanté y las tenía como durazos (corazones aterciopelados). Y por lo de mis besos, muchas gracias usted es un poeta, nunca me han dicho algo así.

—Mire, señorita, usted ha ingerido agua sagrada del manantial Hachihum. ¿Recuerda a don Francisco? Él es dueño de la Yakuwaka company, embotelladora de agua manantial con más de cuatrocientos años de antigüedad y que ha tenido, como es natural, desde su fundación, varios dueños.

—Si hacemos click aquí podemos ver las fotos de todos ellos.

— ¿Qué notan de extraño?

—Este de aquí parece Charles Chaplin —dijo Verénice Dubón.

—Pues lamento decirle que no, señorita. Retírenle mentalmente los bigotes, sombrero y demás alegorías de la foto.

—Son idénticos — exclamaron. Friedrich asintió.

—Aún más que eso son la misma persona. Nunca esa compañía ha tenido un diferente dueño.

— Un momento, detective de pacotilla.

—Es mejor que guardes silencio vendedor de bisutería barata.

—Como les decía...

—Cómo es que tú sabes de aguas encantadas y civilizaciones antiguas ¿eh?

—Mi mamá me leía cuentos antes de dormir. ¿Necesitas alguna otra explicación? O... déjame adivinar ¿me vas a vender otra de tus bellas falsifica-

ciones que cuelgan de esta pared?

—¿Como te atreves a decir eso?

—Googleemos, miren, como se los dije: esta botella es un artículo único encontrado en la cueva de los Tayos sin más ejemplares, por ser parte de un conjunto de utensilios fabricados exclusivamente para el rey Ronakahu de los Hachihum. 300 A.C. El original está en el museo Mumineré en París desde 1970.

—¿Quiere decir que me estafaste Bruno?

—No, eso nunca Verence. Al contrario, la botella es un objeto perdido en la Historia por lo que te costará más.

—Empezaste. Mira lo que hago con tu objetito invaluable para la Historia.

Friedrich tomó la botella y con su uña del dedo meñique extrajo una de las piedras preciosas. Vio directamente a los ojos a Alpassud, al mismo tiempo que la masticó socarrón. Escupió dentro de la botella los pedazos del vidrio de fantasía embarrados en sangre:

— ¿Alguna duda?

—Ahora, volviendo al tema de don Francisco. Él de alguna forma confundió su botellón de agua sagrada que le llegará, que sé yo, cada cierto tiempo para mantenerse joven. Así, al pasillo, Dubón, encontrará el dispensador de agua con un botellón entero y ya no a medio llenar como cuando llegué. Usted tenía tres botellones más de agua sagrada en su bodega, las que son causantes de sus actuales bellas posaderas.

—Pero ¿por qué don Francisco no se acercó y me los pidió?

—Las cosas sagradas no se las piden, se las roban. Al parecer nuestro amigo solo quería comprobar si el agua estaba en esta casa para poder entrar a buscarla cuando se sustrajo el adornito.

El detective tomó un sorbo de agua de la botella.

—Por lo que nunca la vaciaron. Aquí, don Francisco nos dejó agüita sagrada, nos dejó un poquito de eternidad.

—¿Y el talco?

—Como pueden ver, el recorrido de don Francisco quedó marcado. Era para darles un efecto dramático a las huellas y no aburrirnos. Caso resuelto, vámonos, Claudio. Tomó su pipa y se dirigió a la puerta.

—Pero, aún no nos explica todo— dijo Verence.

—¿Quién les va a explicar todo? ¿Dónde están mis caramelos?

Cerró la puerta y se fue.

